

BV4217

T4

v. 25

1871-93



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

Barcelona. — Imprenta á c. de Fidel Giró, Paseo de San Juan, 168.

## SOBRE LA PASIÓN DE JESUCRISTO

*Judei signa petunt et Graeci sapientiam  
quaerunt: nos autem praedicamus Chris-  
tum crucifixum, Judeis quidem scanda-  
lum, Gentibus autem stultitiam; ipsis au-  
tem vocatis Judeis, atque Graecis, Chris-  
tum Dei virtutem et Dei sapientiam.*

Los judíos piden milagros, y los grie-  
gos buscan sabiduría; pero nosotros pre-  
dicamos á Jesucristo crucificado, que es  
materia de escándalo á los judíos, y pa-  
rece necedad á los griegos: mas para los  
llamados, sean gentiles ó judíos, es la  
misma fortaleza y sabiduría de Dios.

(S. PABLO. CORINTH. I, v. 22, 23 y 24.)

Esta es la idea admirable que concebía el Doctor de las gentes, hermanos míos, representándose siempre el misterio de la Pasión como misterio de poder y sabiduría; y esta idea he de seguir, porque me ha parecido la más propia para vuestro provecho, y más digna de Jesucristo, cuya pasión y muerte he de referir en este día. No es ahora el asunto llorar la muerte de este Hombre-Dios; si hemos de derramar lágrimas, las hemos de reservar para otro empleo; y no podemos ignorar cuál ha de ser, después que Jesucristo nos lo enseñó tan resuelta y distintamente, cuando dijo á las hijas de Jerusalén en el camino del Calvario: «No lloréis por mí, sino por vosotras mismas.» No es el asunto, digo, llorar su muerte, sino meditarla, ahondar en el misterio que encierra, reconocer el designio, ó, por mejor decir, la obra maravillosa de Dios, y descubrir el fundamento y firmeza de nuestra fe; y esto es, con la gracia divina, lo que intento. Los discursos tiernos y afectuosos que habréis oído han enternecido muchas veces vuestros corazones; pero puede ser que no fuese más que una compasión estéril, ó una breve compunción, ineficaz para hacer mudar vuestras costumbres. Mi asunto es convencer vuestro entendimiento, y deciros alguna cosa más sólida, que en adelante sirva de fundamento para todos los afectos de piedad que pueden nacer de este misterio. En dos palabras veréis explicadas la división de

008380

este discurso; hasta aquí puede ser que no hayáis considerado la muerte del Salvador sino como misterio de su humillación y flaqueza; pero yo os he de mostrar que en este misterio ostentó á lo que llega su poder; y ésta será la primera parte. El mundo ha mirado hasta aquí este misterio como una necedad; y yo os he de mostrar que en este misterio ha ostentado Dios más descubiertamente la luz de su sabiduría: ésta será la segunda.

Dadme, Señor, para tratar un asunto tan asombroso, aquel celo de que estaba lleno vuestro Apóstol, cuando le escogisteis para llevar vuestro nombre á los Reyes, y hacer que adorasen en la misma humillación de vuestra muerte la divinidad de vuestra persona.

Yo os pido, Señor, esta gracia, y la espero alcanzar por los merecimientos de vuestra Cruz misma; porque olvidádomme hoy de vuestra Madre, pongo la vista en vuestra Cruz, única esperanza nuestra; y empiezo con rendirla el culto que la da solemnemente toda la Iglesia: *O Cruz, Aves. María.*

Que Dios, en cuanto Dios, se dé á conocer como Señor y Soberano en sus acciones; que criase el cielo y la tierra con una sola palabra; que haga prodigios en el universo, y que no haya cosa que pueda hacer resistencia á su poder, es una cosa tan natural á su grandeza, que casi no es motivo para nuestra admiración; pero que Dios padezca, que Dios expire entre tormentos, que Dios, como dice la Escritura, llegue á gustar la muerte, siendo él solo el que posee la inmortalidad, esto es lo que jamás comprenderán los hombres ni los ángeles. Puedo, pues, exclamar de espanto con el Profeta: *Obstupescite caeli; espantaos, cielos,* porque este misterio excede á todo lo que alcanza nuestra vista, y pide toda la sumisión y obediencia de nuestra fe; pero también es el misterio en que nuestra fe ha triunfado del mundo: *Et haec est victoria, quae vincit mundum, fides nostra.* Es verdad que Jesucristo padeció tormentos y muerte; pero al hablarlos de su muerte y de sus tormentos, he de decir sin temor una proposición que tuviera por paradoja, si las palabras de mi texto no os hubieran dispuesto ya para oírla con respeto; intento persuadir, que padeció y murió en algún modo como Dios, esto es, de un modo que sólo en Dios podía caber; de un modo propio de Dios, de tal suerte, que sin otra razón juzgó San Pablo que podía decir á los judíos y gentiles: hermanos míos, este crucificado que predicamos, este hombre que os escandaliza, este Cristo sobre quien en el Calvario ha descargado Dios su mano, y á quien parece ha reducido á la última miseria, es la misma virtud de Dios. Lo que hace que le despreciéis

vosotros, es lo que le merece vuestras veneraciones y respetos. Es nuestro Dios, y no queremos más señal ni más prueba de lo que es, sino su Cruz. Este es el compendio de la teología de San Pablo, que puede ser no hayáis entendido bien jamás, y yo pretendo explicarla ahora. Procuremos entender estas divinas palabras: *Christum crucifixum Dei virtutem;* y saquemos de ellas el fruto que para nuestra edificación deben producir en vuestras almas.

Digo que Jesucristo murió de un modo que sólo podía caber en un Hombre-Dios. La explicación sola de estas palabras os ha de dejar convencidos. A la verdad, un hombre que muere habiendo antes pronosticado clara y expresamente todas las circunstancias de su muerte; un hombre que muere haciendo los milagros más asombrosos, para mostrar que es sobre lo humano, y que es divino cuanto en su muerte se ve; un hombre en quien la misma muerte, si bien se considera, es el mayor de todos los milagros, pues está tan lejos de morir por falta de fuerzas, como los demás hombres, que antes muere á esfuerzos de su omnipotencia; y lo que es más, un hombre que por la infamia de su muerte se eleva á la más alta cumbre de la gloria, y expirando en la cruz triunfa por la misma cruz del príncipe de este mundo, doma con ella la soberbia del mundo, y levanta su cruz sobre las ruinas de la idolatría y de la infidelidad, ¿no es hombre que muere como Dios, ó como Hombre-Dios, si os parece mejor? En esto se fundó el Apóstol cuando dijo que este Hombre-Dios, muerto en la cruz, no solamente era Ministro de la virtud de Dios, sino la misma virtud de Dios encarnada; *Christum crucifixum, Dei virtutem.* No tomemos de por sí estas cuatro pruebas, juntámoslas, y no podréis dejar de confesar que no hay entendimiento racional, aunque obstinado, que no se dé por convencido. Descendamos en particular.

Sólo Dios puede penetrar lo porvenir, hasta tenerlo absolutamente en su mano, y poder decir infaliblemente, y como Señor de todo, *esto ha de suceder,* aunque dependa de un gran número de causas libres que hayan de concurrir para que suceda. Sólo Dios puede conocer distintamente y por sí mismo lo oculto de los corazones, y sacar á luz sus más íntimos secretos, y las más escondidas intenciones, sabiendo mejor lo que pasa y ha de pasar por el pensamiento del hombre que el hombre mismo. Pues esto es lo que en orden á su pasión y muerte hizo Jesucristo. Explicome. Al oírle hablar de su pasión mucho antes de suceder, y aun antes que los judíos hubiesen concebido designio alguno contra su vida, parece que hablaba de ella como de un suceso pasado ya, y que refería la historia; tan exacta-

mente declara hasta las menores circunstancias. Al verle el día de la muerte sufrir los tormentos que padece, se creyera que los verdugos que le atormentan, antes son ejecutores de lo que Su Majestad había predicho, que de la sentencia que habían dado los jueces en su causa. «En fin (decía á sus Apóstoles previniéndolos para este doloroso misterio), vamos á Jerusalén, donde se ha de cumplir cuanto está escrito del Hijo del hombre. Porque este Hijo del hombre (este es el título que tomaba), este Hijo del hombre que veis y os habla, será entregado á los gentiles, ultrajado, injuriado, azotado y puesto en una cruz; su rostro será escupido, morirá con ignominia, y al tercer día resucitará.

Cuanto le había declarado este adorable Salvador de los libros de Moisés y de los Profetas, que hablaban de Su Majestad, se ejecutó muy poco después á la letra en la sangrienta catástrofe de su pasión y muerte. En cumplimiento de estas profecias que tenían por objeto á su persona, y en virtud de ellas, en lugar de juzgarle los judíos según su ley, pues era judío, le entregaron á Pilatos, que era gentil; los soldados, contra todos los procederés de la justicia, aumentando el escarnio y la crueldad sobre lo que contenía la sentencia de su condenación, le escupieron el rostro, y se lo ensangrentaron con bofetadas; hasta las más ligeras circunstancias del precio en que había de ser vendido, del empleo que de este dinero se había de hacer, del repartimiento de sus vestidos, de las suertes que se habían de echar sobre su túnica, la hiel que le ofrecieron, las Escrituras que él mismo se había aplicado; todas estas cosas parece que fueron la regla de cuanto sus enemigos intentaron contra Su Majestad, como si no hubiera padecido sino para justificar los oráculos que se habían pronunciado tantos siglos antes que viniese al mundo: *Ut adimplerentur Scripturæ. Ut impleteretur sermo, quem dixit.* Argumento tan sólido y eficaz, que no fué menester más para la conversión de aquel célebre eunuco, tesorero de la reina de Etiopía, de quien se habla en el libro de los hechos apostólicos, al cual explicó San Felipe Diácono la maravilla que yo os predico. Todas estas y otras muchas profecias cumplidas general y puntualmente en la pasión de Jesucristo, le obligaron á reconocer este Mesías prometido de Dios, y enviado en la plenitud de los tiempos; ¿y nos ha de hacer menos fuerza á nosotros que estamos revestidos del carácter de cristianos? Lo que bastó para convencer á un hombre á quien no había alumbrado aún la luz del Evangelio, ¿ha de tener menos fuerza para confirmarnos á nosotros en la fe que profesamos?

Pero debe hacer mayor impresión en vosotros lo que añado. Mue-

re este Hombre-Dios haciendo milagros, ¿pero qué milagros! ¡Ay, cristianos! ¿los hubo jamás ni los habrá más ilustres? Aun estando para morir hace temblar la tierra, abre los sepulcros, resucita los muertos, rasga el velo del templo y volvieron el sol; prodigios que movieron tanto á los soldados, que obedecieron á la ciudad convertidos; pero en fin, como nota San Agustín, convertidos por la eficacia de la sangre que ellos mismos le habían hecho derramar al Hijo de Dios. ¿Qué digo que no haya dicho San Mateo en términos formales? *Viso terramotu, et his que fiebant, timuerunt valde dicentes: verè filius Dei erat iste.* Visto el terremoto y las cosas que pasaban, tuvieron grande miedo, y decían: verdaderamente Hijo de Dios es éste. Aquel eclipse universal contra el orden de la misma naturaleza fué tan prodigioso, y se hizo reparar tanto, que dos siglos después hablaba de él Tertuliano á los gentiles y magistrados de Roma, como de un caso cuya memoria conservaban en sus archivos. El mismo caso, que se tenía por constante y averiguado, causó tal novedad á aquel sabio de la Gentilidad, Dionisio Areopagita (que después fué una de las más firmes columnas y uno de los más ilustres ornamentos de nuestra religión), que aun con estar muy lejos de Judea, y aun más lejos del conocimiento de nuestra fe, le hizo tanta impresión, que llegó á reconocer que aquellas tinieblas habían sido para él un manantial de luces, ó por lo menos le habían dispuesto á recibir con sumisión las verdades de la fe y las instrucciones divinas de San Pablo. ¿Qué diré de aquel famoso reo crucificado con Jesucristo, y repentinamente convertido por el mismo Salvador? Una mudanza tan impensada, que de un hombre perdido hizo un vaso de elección y de misericordia, ¿podía ser efecto de una persuasión humana? ¿No nacía visiblemente de un principio sobrenatural y divino? Si Jesucristo no hubiera obrado como Dios, ¿hubiera podido al morir en la cruz hacer que conociese y confesase su divinidad este hombre desgraciado? ¿Y no sirve también este milagro de la gracia para confirmar todos los prodigios de la naturaleza, con que el cielo y la tierra, obrando como de concierto, glorificaron á este Dios en sus agonias y cuando estaba expirando?

Un solo milagro no quiso hacer Jesucristo en su pasión, y fué salvarse á sí mismo, como se lo proponían sus enemigos, ofreciéndole que le creerían si bajaba de la cruz. ¿Y por qué no hizo este milagro? Es muy clara la razón, dice San Agustín; y es porque sólo este milagro hubiera destruido todos los demás, y hubiera impedido la obra soberana que había emprendido, á la cual se ordenaban todos los demás milagros como á su fin; conviene á saber, el asunto de la

redención de los hombres, que había de tener su cumplimiento en la cruz. Fuera de eso, sus enemigos, prevenidos de su pasión, hubieran dado tan poco crédito á este milagro como al de la resurrección de Lázaro; porque si la evidencia del suceso, que les obligó á confesar que Lázaro, después de cuatro días difunto y sepultado, había resucitado sin duda, en lugar de hacer que creyesen en Jesucristo, fué causa de que tomasen la resolución de quitarle la vida, porque no la razón, sino la pasión presidía en sus consejos; ¿se puede hacer juicio de que si le vieran bajar de la cruz habían de estar de más buena fe, y más dispuestos para darle la gloria que se le debía? Pero, sin detenerme en los fariseos, respondedme, amados oyentes míos, y decidme: ¿no fué cosa más prodigiosa y más superior á la naturaleza humana, que en las circunstancias en que considero á Jesucristo, no quisiese salvarse á sí mismo, como indubitavelmente podia, que si lo hubiera querido con efecto? Milagro por milagro (aplicad aquí vuestra atención á lo que por ventura nunca habéis comprendido, y en mi juicio es de más edificación); milagro por milagro, aquella mansedumbre con que da licencia á los soldados para que le echen la mano, después de haber dado en tierra con ellos sólo con su vista, y con decirles sola esta palabra: Yo soy; *Ego sum*; la reprensión que dió á San Pedro por la indiscreción de su celo, cuando sacó la espada contra uno de los de la familia del sumo sacerdote, advirtiéndole que con sólo pedirselo á su Padre le enviaria legiones enteras de ángeles que pelearian por defenderle; y sanando allí mismo milagrosamente al que San Pedro había herido, para convencerle de que no hablaba en vano; aquel silencio tan admirable, y mantenido con tanta constancia delante de sus jueces, especialmente de Pilatos, que, convencido de su constancia, no le preguntaba con otro fin que por tener ocasión de darle por libre; el haber rehusado satisfacer la curiosidad de Herodes, cuya protección pudiera granjear tan fácilmente; el haber abandonado su propia causa, y consiguientemente su vida; aquella tranquilidad y sosiego en medio de los desprecios más injuriosos; aquella determinación á pasar por todo sin pedir justicia de nada, sin declararse enemigo de nadie, sin formular la más leve queja; aquella heroica caridad, que le hace excusar á sus mismos perseguidores estando para morir; todo esto, todos estos milagros de paciencia en un hombre de vida irreprochable, y en un proceder lleno de sabiduría, ¿no eran más portentosos que lo fuera haber pensado en librarse de los atormentadores, y haber bajado de la cruz? *Christum crucifixum, Dei virtutem.*

Murió, pues, porque quiso, y murió también como quiso; lo cual

no conviene, dice San Agustín, sino á un Hombro-Dios; y saca á luz la soberanía y la independencia de Dios, aun en las mismas sombras de la muerte. En esto me fundé para decir, que considerando bien en sí misma la muerte de Jesucristo, no solamente fué milagro, sino entre todos sus milagros el más singular; porque si los demás hombres mueren por falta de fuerzas, por violencia, y necesariamente, Jesucristo murió, no precisamente por su elección, y por libre disposición de su voluntad, sino por efecto de su absoluto poder. De suerte, que jamás hizo como Dios, y como Hijo de Dios, mayor esfuerzo de su poder absoluto, que cuando consintió en que su alma gloriosa se separase de su cuerpo. Dos razones dan los teólogos de esta verdad; penetraos bien de ellas. Lo primero, porque habiendo sido exento de toda culpa, y absolutamente impecable, era también y debía ser naturalmente inmortal; de donde se sigue, que su cuerpo y alma unidos hipotáticamente con la divinidad, no podían separarse sin milagro; luego fué necesario, para que Jesucristo hiciese este milagro, que violentase, por decirlo así, todas las leyes de la providencia ordinaria, y que se valiese de todo el poder que Dios le había dado para destruir una vida tan excelente, que aunque humana, era también vida de un Dios. Lo segundo, porque siendo Jesucristo por excelencia sumo pontífice de la ley nueva en virtud de su sacerdocio, podia y debía él solo ofrecer á Dios el sacrificio de la redención del mundo, y sacrificarle la víctima que para ese efecto estaba destinada. Pues esta víctima era su cuerpo; luego sólo él debía sacrificar este cuerpo, y tenia el poder necesario para sacrificarle. Los verdugos que le crucificaban, es verdad que eran ministros de la justicia de Dios, pero no eran los sacerdotes que debían sacrificarle esta hostia; era necesario un Pontífice santo, inocente, sin mancha, que no estuviese mezclado con los pecadores, y estuviese revestido de un particular carácter; y este carácter sólo á Jesucristo le podia convenir; de lo cual infiere San Agustín, que con la unión más maravillosa que se puede pensar, fué juntamente sacerdote y víctima de su sacrificio: *Item Sacerdos, et hostia.*

Fué, pues, él mismo quien se sacrificó, quien ejerció en su persona misma el oficio de sacerdote y pontífice; el que destruyó, á lo menos por algunos días, aquel compuesto admirable de un cuerpo pasible y un alma gloriosa; en una palabra, él mismo se obligó á morir; no fueron los verdugos los que le quitaron la vida; él la dejó porque quiso. Murió en la cruz, dice San Agustín; pero si se ha de hablar propiamente y en rigor, no fué el suplicio de la cruz el que le quitó la vida. Y para que lo entendáis, es cierto, aun por confesión

de los judíos, que no era el tormento de la cruz el que hacía morir á los reos, sino el quebrarles los huesos estando aún vivos en ella. Cuando quisieron ejecutar en Jesucristo este tormento, ya había expirado; por eso se admiró Pilatos de que hubiese acabado tan presto: *Pilatus autem mirabatur si jam obisset*. Y lo que hace evidente que no había muerto por desfallecimiento de la naturaleza, es que al morir despidió un clamor grande hacia el cielo: *Jesus autem emissa voce magna, expiravit*. Cosa tan extraordinaria, que el Centurión, que le estaba observando desde cerca, y le vió expirar de esta suerte, protestó públicamente que era Dios, ó Hijo de Dios verdadero: *Videns autem Centurio, qui ex adverso stabat, quia sic clamans expirasset, ait: Verè hic homo Filius Dei erat*. Si el Centurión hubiera sido uno de los discípulos del Salvador, y hubiera discurrido así, pudieran hacerse sospechosos su discurso y su testimonio; pero un infiel y pagano, al verle morir de esta suerte, infiere sin dudar al punto que muere por milagro, y saca inmediatamente por consecuencia de este milagro, que es verdaderamente Hijo de Dios. ¿Es menester más para justificar la sentencia del Apóstol: *Christum crucifixum, Dei virtutem?*

Es verdad que al morir este Salvador divino sintió los desmayos y flaquezas de hombre; pero en primer lugar pudiera responder con Isaías, que los desmayos y flaquezas que manifestó en su muerte, no eran suyas, sino nuestras; y el mayor prodigio es, que él solo pudiese llevar las dolencias y achaques de todos los hombres. Pero porque este pensamiento, aunque sólido, parecerá demasíadamente sutil á los espíritus incrédulos y mundanos, respondo de otra suerte con San Juan Crisóstomo, y digo que es verdad que experimentó estas miserias al morir; pero el prodigio es, que sus desmayos y desfallecimientos fueron en el discurso de su pasión otros tantos milagros. Porque si suda en la oración del huerto, es un sudor de sangre tan copioso, que bastó para regar la tierra. Si poco tiempo después de haber muerto le abren el costado, con suceso no menos milagroso sale un raudal de agua y sangre por la herida; y el que le refiere asegura que fué testigo de vista, y que se debe dar crédito á su dicho: *Et qui vidit testimonium perhibuit*. No diréis sino que padece y muere por ostentar en su persona la virtud de Dios: *Christum crucifixum, Dei virtutem*.

Concluyamos con la prueba más esencial, y es, ver un hombre, á quien la ignominia, la confusión, el oprobio y el abatimiento sumo de la muerte eleva á toda aquella gloria que puede pretender un Dios; de suerte que, á solo su nombre y á la vista de su cruz doblan la rodilla las potestades más soberanas del mundo, y se postran para

tributarle vasallaje sus grandezas. Esto reveló Dios á San Pablo (es advertencia muy importante), cuanto todo parece que se oponía al cumplimiento de esta predicción; en un tiempo en que había de ser tenida por fantástica á todas las luces de la prudencia humana, y en un tiempo en que era el horror del mundo el nombre de Jesucristo. Pero sucedió en efecto lo que el Apóstol había dicho; y lo que era punto de fe para los cristianos de aquel tiempo, ha dejado en alguna manera de serlo para nosotros, pues somos testigos de la verdad, y no hemos menester cautivar nuestros entendimientos para creerla. Los soberanos de la tierra doblan ahora la rodilla delante del Crucificado. Los príncipes más augustos son los primeros que nos dan ejemplo; y no depende sino de nosotros, al verlos en este santo día al pie del altar adorando á Jesucristo en la cruz, consolarnos, y decirnos á nosotros mismos: esto había pronosticado San Pablo; y lo que en tiempo del Apóstol hubiera parecido sueño, es lo que hoy veo, y no puedo dudar de ello. Pues un hombre cuya cruz (según la bella expresión de San Agustín), ha pasado desde el lugar infame de los suplicios á estar sobre la frente de los monarcas y emperadores; un hombre que, sin otros medios, sin otras armas que la virtud sola de la cruz, ha vencido la idolatría, ha triunfado de la superstición, ha destruido el culto de los falsos dioses, y ha conquistado todo el mundo, cuando los mayores reyes del mundo necesitan de tantos socorros para las menores conquistas; un hombre que, como canta la Iglesia, halló el modo de reinar en donde otros dejan de vivir, esto es, en aquel leño que fué el instrumento de su muerte; y lo que es aún mayor portento, un hombre que había declarado en su vida, que todo esto se había de cumplir, y que al ser levantado de la tierra había de atraer á sí todas las cosas, queriendo con estos términos significar el modo con que había de morir, como lo observa el Evangelista. Un hombre tal, ¿no es más que hombre? ¿No es hombre y Dios juntamente? ¿Qué virtud no ha tenido la cruz en que le contemplamos, para obligar á los pueblos á que le adoren? ¿Cuántos Apóstoles de su Evangelio, cuántos imitadores de sus virtudes, cuántos confesores, cuántos mártires, cuántas almas santas dedicadas á su culto, cuántos discípulos abrasados del celo de su gloria; digámoslo mejor, cuántas naciones, cuántos reinos, cuántos imperios no ha conquistado con el omnipotente atractivo de esta cruz? *Christum crucifixum, Dei virtutem*.

¡Ay, hermanos míos! Los fariseos veían los milagros de este Dios crucificado, pero no se convertían. Esto es lo que con dificultad entendemos; ¿pero es menos incomprensible lo que nos pasa á nos-

otros? Vemos actualmente un milagro como el de la muerte de Jesucristo, y mayor aún, un milagro permanente, un milagro averiguado y sin disputa, el triunfo de su cruz, quiero decir, el mundo convertido, el mundo hecho cristiano y santificado por la cruz; le vemos, y á pesar de este milagro está siempre nuestra fe desmayada y vacilante; esto es lo que debemos llorar, y de lo que nos debemos estremer. Pero para sacar fruto de este misterio, no lloremos con una devoción superficial y momentánea, lloremos y temblemos en espíritu con una saludable compunción. Jesucristo hizo milagros al morir, pero es necesario que haga aún otro, que es el de nuestra conversión, que ha de ser la corona de todos sus milagros. Hizo que se partiesen las piedras, abrió de par en par los sepulcros, rasgó el velo del templo. Pues es necesario que la vista de su cruz haga que se partan nuestros corazones, más duros que las piedras. Es necesario que abra de par en par nuestras conciencias, por ventura cerradas hasta aquí como sepulcros. Es necesario que rasgue nuestro cuerpo, digo este cuerpo de pecado, con los rigores santos de la penitencia. ¿Por qué no nos ha de convertir este Dios que muere, habiendo convertido á los mismos autores de su muerte? ¿Y cuándo nos ha de convertir sino en este día asombroso, en que corren raudales copiosos de su sangre para salvarnos y llenarnos de su gracia?

Pecadores que me escucháis, aquí tenéis lo que os ha de llenar de confianza. Mientras sois pecadores, sois por ese título enemigos de Jesucristo, sois sus perseguidores; ¿lo he de decir? ¿por qué no, después de haberlo dicho San Pablo? Sois sus verdugos; porque cuantas veces os dejáis vencer de la tentación, y caéis en la culpa, crucificáis de nuevo á Jesucristo en vuestras almas. Pero acordaos que la sangre de Jesucristo tuvo eficacia para destruir el pecado de los mismos judíos que la derramaron. Esto es, dice San Agustín, en lo que se ostentó la virtud totalmente divina de la redención de Jesucristo. En esto mostró que era Salvador. De sus enemigos hizo predestinados, hizo santos de sus perseguidores; pues por pecador que seáis, ¿qué derecho no tenéis para solicitar sus misericordias? Acercaos al trono de su gracia que es su cruz; pero acercaos con corazones contritos y humillados; con corazones rendidos, y purificados de la corrupción del mundo; con corazones dóciles y capaces de recibir todas las impresiones del espíritu del cielo: este es el milagro, que por medio de su cruz intenta este Dios Salvador hacer el día de hoy en vosotros; convertiros perfectamente, después de haber estado tan fuera de camino; vuestra penitencia ejemplar después de tantos escándalos y delitos; la profesión que debéis hacer pública y á cara descubierta

de vivir como cristianos, después de haber vivido como quien no tiene fe, este es el milagro que ha de probar que el mismo Jesucristo crucificado es personalmente la virtud y sabiduría de Dios. ¡Ah! Señor: ¿seré yo tan feliz, que logre que este milagro se efectúe visiblemente en mis oyentes, como se cumplió con efecto en los soldados que se hallaron en vuestra muerte, entre los cuales muchos se entregaron á Vos, como á quien era el autor de su remedio? Vos, Señor, daréis tan eficaz bendición á mi palabra, que vea cumplido mi deseo. En vuestra virtud puedo esperar, que habrá entre mis oyentes algunos tan movidos como el Centurión; quiero decir, que saldrán de este sermón convertidos; que no solamente se bañarán en lágrimas, sino que empezarán á glorificar á Dios con sus obras; no solamente persuadidos, sino santificados y penetrados de los afectos cristianos que esta primera verdad habrá infundido en sus corazones. Escandalicése el infiel judío de la cruz; Jesucristo al morir es el poder y la fortaleza de un Dios encarnado: *Christum crucifixum, Dei virtutem*. Esto habéis visto. Haga el gentil escarnio de la cruz, y trátela como necedad; Jesucristo al morir es la misma sabiduría de Dios: *Christum crucifixum, Dei sapientiam*. Esto habéis de ver ahora.

El misterio de un Dios crucificado pasa por necedad en la opinión de los mundanos, no menos que en la de los gentiles: *Gentibus stultitiam*; pero San Pablo, por el contrario, es de sentir que para los predestinados y escogidos es el misterio de la sabiduría de Dios por excelencia: *Ipsis autem vocatis Christum crucifixum, Dei sapientiam*. Veamos, pues, entre estos dos, quién ha juzgado con más acierto, el Apóstol ó el mundano: el Apóstol después de haber aprendido con un modo muy prodigioso del mismo Salvador este misterio; ó el mundano, que ni sabe ni conoce de él, sino lo que la carne y sangre le han revelado.

¿Cuál era el objeto del soberano misterio que celebramos? Lo constituían dos cosas, dice San León Papa, igualmente dificultosas, y necesarias: satisfacer á Dios ofendido é injuriado por el pecado del hombre, y remediar al hombre perdido y extraviado. Este fué el fin para que Jesucristo fué enviado, y todo el motivo de haber venido al mundo. Pues pregunto: para conseguir estos dos fines ¿pudo, con ser Dios, echar mano de medio más poderoso, más eficaz, ni más infalible que la cruz? Nosotros mismos, con todo lo que presumimos de nuestra razón, ¿podemos idear otro en que se guardasen, no sólo más exactamente, pero ni aun tanto, las debidas y justas proporciones? Vamos al Calvario, y siendo testigos de lo que pasa en él, aprendamos lo que encierra nuestra fe, y veamos juntamente la altura y pro-

fundidad que tanto deseaba poder comprender San Pablo: *Sublimitas, et profundam*. Era necesario satisfacer á Dios; pero quien no fuese Hombre-Dios, no podía conseguirlo; esto es en lo que la misma razón por fuerza ha de convenir. ¿Qué hizo, pues, este Hombre-Dios? ¡Ay! cristianos, ¿qué no hizo? Con la mira de pagar nuestras deudas, ¿qué cuidado no tuvo de echar mano de todo lo que única y soberanamente podía llenar la medida de las satisfacciones que Dios aguardaba, y tenía derecho de aguardar? ¿En qué consistía la ofensa de Dios? En que el hombre olvidándose de sí mismo había aspirado á ser semejante á Dios. Pues yo, dice el Hombre-Dios, que no solamente soy semejante, sino igual y consubstancial con Dios, con otro olvido muy diferente de mí mismo, me abatiré bajo de todos los hombres, seré el oprobio del mundo, y un gusano de la tierra, menos que hombre; porque esto es lo que en términos expresos dijo por boca de su profeta en la cruz. ¡Imaginamos, ó podemos imaginar satisfacción más solemne? El hombre rebelándose contra Dios había sacudido el yugo de su obediencia, y sido transgresor del mandamiento de su Soberano. Pues yo, dice el Hombre-Dios, aunque por mí mismo tengo una soberana independencia, me reduciré á la sujeción más penosa y abatida. Yo me reduciré á ser obediente, y obediente hasta morir, y hasta morir en una cruz: *Mortem autem crucis*. No solamente obedeceré á Dios, sino á los hombres, á los más pecadores, á los más viciosos y más sacrilegos de todos, que son mis perseguidores y verdugos. No solamente obedeceré á los decretos del cielo, siempre justos y puestos en razón, sino á los de la tierra llenos de injusticia y crueldad. No solamente obedeceré á las potestades que no tienen autoridad legítima sobre mí, sino á las que se han confederado contra mí, y tienden á destruirme, y borraré el delito del hombre rebelde á la ley de su Criador con esta sujeción voluntaria. Por esta misma razón, dice San Bernardo, no quiso descender de la cruz, queriendo más (como advierte este Padre) dejar á los judíos en su incredulidad, que convencerlos con un milagro de su voluntad propia, y queriendo antes cumplir con el orden de su Padre, y obedecerle para salvarlos, que salvarlos faltando á su obediencia. El hombre, al gustar con reprehensible destemplanza la fruta del árbol, había condescendido con sus sentidos, concediéndoles un deleite vedado; pero yo, dice el Hombre-Dios, que tenía derecho para gozar de todas las delicias de la vida, me presentaré delante de mi Padre como un Varón de dolores, como una víctima de la penitencia, y como un cordero destinado al más sangriento sacrificio; pues en su Pasión sagrada fué cuando animado de un celo ardiente de la gloria y de los intereses de Dios,

trazó y ejecutó este designio. No os han gustado, Señor, dijo en lo interior de su corazón, cuando fué crucificado, como lo había dicho, según el testimonio de San Pablo, al entrar en el mundo (reparad en estas palabras, que tan propiamente explican lo profundo y escondido de este misterio); no fueron de vuestro gusto, Señor, ni ofrendas, ni hostias; por eso me disteis un cuerpo formado por vuestra mano. Los sacrificios de animales dejaron ya de agradaros, y por eso dije: Veisme aquí, yo vengo, yo me sacrifico. Palabras dignas de veneración, que, según la letra misma, deben entenderse de lo que pasó en el Calvario; allí Jesucristo, como sumo Sacerdote, puso fin á los sacrificios de la ley antigua con el cumplimiento del sacrificio de la ley de gracia; allí sirviendo su cruz de altar, ofreció solemnemente su persona divina; allí ofreció, no sangre de cabritos y becerros, sino su propia sangre; y para hablar en términos más claros y precisos, allí se puso en estado de satisfacer á Dios, no por medio de personas extrañas, sino por sí mismo, y á propia costa. Pues esto es lo que yo digo que es efecto de la sabiduría de un Dios.

No es esto todo; este Salvador divino nos ha hecho comprender perfectamente lo que por sí mismo era incomprendible, y lo que nosotros sin él hubiéramos eternamente ignorado; y es, lo que es Dios, lo que es el pecado, y lo que es la salvación. Tres cosas á las cuales se debía aplicar toda la sabiduría del hombre, y cuyo conocimiento así para vosotros, como para mí, era inseparable del misterio de la muerte de Jesucristo en la cruz.

De este modo me habla Cristo crucificado, y esto sólo me bastaba para inferir con San Pablo, que el misterio de la cruz es el misterio de la sabiduría de Dios; porque como discurre San Juan Crisóstomo, un misterio que me da tan alta idea de Dios, un misterio que me infunde un horror sumo al pecado, un misterio que me hace apreciar mi salvación sobre cuantos bienes hay, pasados, presentes, futuros y aun posibles, á cualquiera luz que le mire, le debo tener por misterio de sabiduría. Sentimientos tan conformes á la razón, tan elevados y tan sublimes no pueden nacer de principio falso ó engañoso: sólo la sabiduría de un Dios me los puede comunicar. Por esto el Apóstol, penetrado de la fe de este misterio, protestaba á cara descubierta no saber otra cosa sino á Jesucristo crucificado. Porque en Jesús crucificado hallaba con excelencia y en compendio cuanto debía y le convenia saber; esto es, la ciencia soberana de Dios y la ciencia provechosa de sí mismo: con estas dos ciencias creía, y con razón, que no debía echar de menos las demás.

Profundicemos una verdad de tanta edificación, y manifestemos el

segundo motivo de la venida de Jesucristo, y su empleo de Salvador. Era su objeto, después de haber satisfecho á Dios, remediar al hombre que no solamente habia caído en la infelicidad de su vida desenfrenada, sino en un sumo desorden y en el abismo de los males. Este desorden del hombre, dice el amado discípulo San Juan, procedió de tres principios: de la concupiscencia de los ojos, de la concupiscencia de la carne, y de la soberbia de la vida; es decir, de una insaciable codicia de los bienes temporales, de una solicitud excesiva de las honras del mundo, y de una pasión ardiente de los deleites de los sentidos. Quiso curarnos de estas tres peligrosas dolencias; mas mirad los remedios que el Hijo de Dios nos trajo del cielo, y nos ofrece hoy en su Pasión: la falta de todas las cosas, y la desnudez con que muere, contra el amor de las riquezas, y contra la codicia que nos abraza; los portentosos abatimientos que padece, contra los designios de la ambición que nos consume; las austeridades de una carne virginal ensangrentada y despedazada con las heridas, contra la delicadeza y sensualidad que nos estraga. Remedios infalibles y seguros; de nosotros depende que se nos apliquen para experimentar su utilidad y eficacia; y en ellos se manifiesta toda la providencia y sabiduría del Médico que nos los ha preparado. No nos preocupe la pasión; hagámonos una vez justicia para hacérsela eternamente á nuestro Dios. ¿No es evidente que el misterio de la cruz tiene una oposición esencial con estos tres principios que causan todos los desórdenes de nuestra vida? ¿No es evidente que este misterio solo condena todas vuestras injusticias, violencias, odios, comercios escandalosos, vuestras libertades y desenfrenamientos? ¿No se sigue de esto, que es la sabiduría de Dios la que en él preside? ¿Puede dejar de ser efecto del orden racional, y consiguientemente de la suprema sabiduría de Dios, lo que refrena nuestros deseos, arregla nuestras pasiones, confunde nuestra soberbia, nos arranca del corazón el amor de nosotros mismos, y, en una palabra, lo que corrige nuestros vicios, y nos contiene en los límites de la razón? ¿Qué sería si los hombres, unánimemente, se conviniesen en vivir según los ejemplos que les dió Jesucristo, y las lecciones que recibieron de Su Majestad en su Pasión sacrosanta, de suerte que este Dios crucificado fuese en la práctica regla universal por donde se gobernase todo el mundo? ¿A qué grado de perfección se hallara súbitamente elevado este mundo que hoy está tan corrompido? Mas ¿qué sabiduría no se descubre en haber corregido los excesos de la malicia con los excesos de la perfección, los de la maldad con los de la santidad, y los de la ingratitude con los del amor? Para sacar al hombre del abismo de los vicios

á que habia llegado, ¿no era necesario inclinarle al extremo de las virtudes opuestas? ¿Con la violencia de sus pasiones hubiera podido mantenerse en un medio? ¿No era necesario hacerle amar la pobreza, la humillación y la austeridad, para apagar en él el fuego de la avaricia, de la soberbia y de la impureza? Porque para salvarnos perfectamente, digo otra vez, no bastaba que Jesucristo nos viniese á decir que nuestra perdición nacia de estas tres concupiscencias; era necesario que nos obligase á hacerlas guerra, á contradecirlas, y arrancarlas de nuestros corazones. No eran causa de nuestra perdición, sino porque engañaban nuestro entendimiento y viciaban nuestra voluntad; y si hubiéramos siempre conservado el mismo amor y aprecio de ellas, no quedaríamos remediados del todo; luego convenia que las virtudes contrarias á estas concupiscencias infelices, no solamente se nos hiciesen tolerables, sino amables, preciosas y objeto de nuestras veneraciones. ¿Pues qué medio más maravilloso podia hallar el Hijo de Dios para este fin, que consagrarlas en su persona, para que (como dice excelentemente San Agustín) la humildad del hombre hallase en la humildad de Dios apoyo y modo de resistir á los insultos y atentados de la soberbia?

Ved aquí, hermanos míos, más de lo que basta, no digo para dejar convencidos, sino para confundir algún día, en el juicio de Dios, nuestros entendimientos, y plegue al cielo que no haya empezado ya para nosotros este juicio, en que nuestra razón ha de quedar convencida y confundida de sus errores; porque desde hoy está el Salvador en posesión de juzgar el mundo. La cruz fué el primer tribunal en que se dió á conocer por Juez, pronunciando contra los hombres, ó á su favor, sentencia de vida ó muerte. No es sentimiento particular que la piedad me dicta, sino verdad que la fe me enseña, que empezó el juicio del mundo en la Pasión de Jesucristo, pues él mismo se lo declaró á sus Apóstoles: *Nunc judicium est mundi*. No son terrores vanos los que nos quieren infundir, cuando nos dicen que la cruz en que murió este Hombre-Dios se manifestará al fin de los siglos, para que sea regla del juicio que ha de hacer Dios de nosotros y de todos los hombres: *Tunc parebit signum filii hominis*. ¡Terrible pensamiento para un mundano! La cruz de Jesucristo me ha de juzgar, aquella cruz enemiga de mis pasiones, aquella cruz que nunca he venerado sino en especulación, y siempre he mirado con horror en la práctica, aquella cruz de la cual no he sabido aprovecharme jamás, y cuyos merecimientos han sido para mí como si no fuesen; con esta cruz me confrontarán. Todo lo que no se conformare con ella, llevará el carácter y sello de reprobación. Pues ¿qué semejanza puedo descubrir

entre esta cruz y mi vida desenfrenada, entre esta cruz y mis locas vanidades, entre esta cruz y mi vida deliciosa? ¡Ah! Señor; ¿ha de estar mi condenación en el mayor beneficio vuestro, y en la prenda misma de mi salvación eterna? Lo que me había de poner en paz con Vos, ¿ha de servir para hacerme más culpado y digno de vuestro odio? Pero, al contrario, ¡qué pensamiento de tanto consuelo para un alma fiel y justa! La cruz de Jesucristo decidirá mi suerte, aquella cruz en que he puesto toda mi esperanza, aquella cruz que me ha fortalecido y me fortalece todos los días en mis trabajos, aquella cruz cuya imagen voy á adorar delante de ese altar, y de la cual quiero ser yo mismo imagen viva. Crucificado Dios, recibid mis rendimientos, aceptad los afectos de mi corazón, y haced que vuestra cruz, después de haber sido el objeto de mi veneración y de mi imitación, me sea señal de bendición eterna. *Amen.*

## LA PASIÓN DE JESUCRISTO

*Mirabiliter me cruciatis.*

Me atormentados de un modo portentoso.

(JOB, c. 10, v. 16.)

Con que en fin, oh eterno Padre, ¿estáis resuelto á sacrificar á vuestro Unigénito, á la figura de vuestra propia substancia, al esplendor de vuestra gloria? ¿Con que el santo é inocente por esencia ha de ser el objeto de vuestra justa cólera contra el pecado? Si, hermanos míos, tal es la escena trágica que hoy nos representa el Evangelio en el lúgubre teatro de la aligida Iglesia. Tal es la conducta sabia y admirable de la Providencia, incomprendible y adorable siempre, de nuestros gran Dios.

Job, aquel hombre justo, que en su virtud no tuvo semejante, y cuya rectitud y justicia fué encomiada por la boca del mismo Dios, del mismo Dios que le amaba con predilección y distinguida ternura,

también fué atormentado de un modo maravilloso, abatido y vilipendiado. Este fué un milagro incomprendible del amor, que ya figuraba á otro que había de ser el asombro de todos los siglos y de la eternidad. Este es el que hoy se celebra en la Iglesia santa con sentimiento espontáneo y casi innato en todos los que lo ven.

Hoy vemos á la Esposa del Cordero immaculado desnudarse de sus propias galas y vestirse de luto y amargura. Vemos suceder á los himnos y cánticos de alegría, con que acostumbraban resonar las bóvedas del templo del Señor, las lamentaciones, los gemidos, los ayes, ¡los tristísimos ayes! signos todos del dolor más acerbo. Vemos á los fieles, hijos de la Iglesia, y hasta á los que no lo son, tomar parte en la memoria de este suceso. Desde el monarca poderoso, que manda á su arbitrio los pueblos, hasta el más humilde mendigo, participan del sentimiento que inspira un recuerdo el más funesto, al mismo tiempo que el más portentoso que vieron los siglos. Y si volvemos la vista atrás, sin más que la fe humana que merecen los hechos calificados de la historia, hallaremos repetidos por el espacio de diez y nueve siglos, los mismos extremos de dolor, de tristeza y amargo llanto, en todos ellos, y en cuantos nos han precedido. Hallaremos, si, también al empezar la era, cuando tuvo lugar la horrenda catástrofe, tomar parte, y no la menos principal para hacerla memorable, hasta á los seres inanimados é insensibles. Avergonzado el sol, como lo habían anunciado los profetas, por no ver la barbarie é injusticia de los hombres, corre un oscuro velo sobre su rostro y no quiere ser testigo del deicidio horrendo. La luna se convierte en sangre, que destila y llora en vez de lágrimas de dolor; los planetas salen de sus órbitas, suspenden el giro de su carrera y se paran, porque el cielo todo está suspenso y asombrado. Los montes y peñascos se conmueven y trastornan. La tierra se abre y lanza de su seno á los pacíficos durmientes, el aire se enarrece, y el mar da espantosos bramidos. En vista de trastorno tanto y de escena tan desusada, la filosofía observadora exclama imparcial por la boca de uno de sus sabios: «ó el Dios de la naturaleza padece, ó se disuelve la máquina del mundo.»

Para pintarlos yo, pues, un suceso tan espantoso, cual es debido á la dignidad del asunto, y cual lo exige la misma piedad que os conduce al lugar santo, ¿á quién acudiré por gracias hoy en este momento? El eterno Padre está justamente irritado, y mira con faz airada á su mismo Hijo, porque ha tomado el hábito del pecador; la Virgen madre, anegada en un mar de sentimientos y amarguras; los ángeles se ocupan en consolar á Jesús; los apóstoles tímidos y cobardes huyen y le abandonan; ¿á quién, pues, acudiré yo? ¿Mas á quién

sino á ti mismo, oh buen Jesús mío, que aunque triste, humillado y muriendo, te has quedado en ese augusto Sacramento, para ser la sabiduría, la ciencia y la gracia de tus ministros que te supliquen? A ti pues, oh Señor, me dirijo para que me ilumines, á fin de que pueda en algún modo bosquejar lo que el amor te hizo padecer por los hombres en tristezas, en afrentas y en dolores. *O salutaris hostia!*

Jesucristo tomó sobre sí y á su cargo el padecer por los hombres criminales todo lo que ellos debían para satisfacer á la justicia ofendida de su eterno Padre: el amor que Dios nos tuvo siempre, fué el que pudo hacer esta conmutación ó sustitución de persona; porque á no ser así, jamás pudieran los hombres dar una condigna satisfacción. Todo el hombre pecó, y todo Jesucristo padeció. Representado en aquel Samaritano, á quien dejaron por muerto los ladrones, y más bien en el justo Job, cuya pintura sigo desde luego, ni en su alma santísima y bienaventurada, ni en su honor y gloria, y ni en su sacrosanta humanidad quedó parte alguna sana, que no sufriese los más crueles tormentos. En su alma, por medio de la tristeza y desolación más afligente; en su honor, por las afrentas y humillaciones más degradantes; y en su cuerpo, por los tormentos más crueles y la muerte más acerba.

Entrad conmigo en esa populosa y memorable ciudad de Jerusalén, penetrad hasta el cenáculo, y empezareis á ver con vuestros propios ojos la verdad de lo que digo. Sigámos á Jesús, y observareis las pruebas. Acabada la cena legal, en la que este Señor echó por sí mismo los sólidos cimientos de su Iglesia santa, dando el más brillante y pasmoso ejemplo de humildad y amor á los hombres, sale con sus discípulos, pasando el torrente Cedrón y se dirige al huerto de Getsemani, en donde se interna seguido de sus tres discípulos más amados. Allí, puesto de rodillas ante su eterno Padre, pegado á la tierra su divino rostro, y derramando un diluvio de lágrimas, oraba y decía: *Padre mío, si es posible, aleja de mí este cáliz tan amargo de mi pasión.* ¡Pero qué cáliz y qué pasión es ésta? Ah! el espectáculo más triste, humillante y aterrador que presentaba á Jesús su ciencia divina en los sucesos de los pasados siglos, en las cosas presentes y que ya las tocaba de cerca, y en las de los venideros que las veía como presentes; todo se ofrecía con toda su extensión, circunstancias y consecuencias, y todo contribuía para ponerle en el estado más angustioso. Ya miraba cumplidas en su sacratísima humanidad todas las figuras de la antigua ley, y puestos en ejecución con el mayor rigor los tormentos que sólo en sombra habían sufrido los justos de

todas las edades, y que en él iban á tener cumplido efecto. Por consecuencia de esta idea, ya se veía sacado al campo como Abel, y muerto á manos de la envidia y del odio más impío; cargado como Isaac con la leña para el sacrificio, en que él era la víctima designada; vendido como Josef y puesto en duras prisiones y cárceles; atado á la columna como Sansón sufriendo un diluvio de golpes y otro mayor de improperios; hecho objeto de escarnio y de ignominia, y presentado por rey de burlas, herido de pies á cabeza, hecho un varón de dolores, y aun así todavía insultado de sus amigos y favorecidos, muerto en fin, y encerrado en el sepulcro y entregado al desprecio y al olvido.

Para llegar á un fin tan trágico y doloroso, consideraba los medios que su eterno Padre permitiría á los hombres poner en juego, y los instrumentos y resortes tan desusados é injustos de que se habían de valer éstos. La negra traición de un discípulo, la envidia vil de sus enemigos, el falso celo de los que más quebrantaban la ley, la ingratitud atroz de sus mejores amigos, la ceguedad loca de un pueblo amotinado, y la más débil cobardía é injusticia de un juez, monstruo el más horrendo del mundo. Reunidas de acuerdo tan bajas pasiones, veía Jesús sobre sí los insultos, las amenazas, las humillaciones, los tormentos y la muerte; y á sus enemigos valerse del perjurio, de la blasfemia, del falso testimonio, y abusar de la nimia credulidad de un pueblo necio, para conmovirlo é insurreccionarlo en contra suya. De aquí es que con la mayor viveza y toda su intención se le presentaban las prisiones, los insultos, los menosprecios é injurias, así como los dolores de golpes, empujones, espinas, azotes y crucifixión. Tan amargo, triste é inevitable porvenir, que veía ya próximo y aun presente, le sumergía en la agonía más angustiosa, y hacía que su alma bienaventurada temiese sin aliento.

¡Pero qué es esto, oh buen Jesús mío? Poco hace que lleno de alegría dijiste tenías un gran desseo de que llegase este momento, y ¡ahora que ya está próximo, lo temes, lo quieres evitar, y así lo ruegas y suplicas á tu eterno Padre! ¡Saliste del cenáculo entonando himnos, que tan pronto se han convertido en llanto, lágrimas, tristeza, desfallecimiento y sudor de sangre! ¡Pobre Jesús!

No es extraño, hermanos míos, porque cortada por milagro la comunicación de la parte superior con la inferior de su alma, para sufrir así más y más, quedó sin aquel sostén y poderoso consuelo que le venía de la bienaventuranza; y nada sino tristeza, abatimiento y desolación encontraba. Meditaba los dolores y angustias de todos los mártires, y cotejábanlos con los suyos y los hallaba mayores sin com-

paración, y le parecían insufribles; no teniendo modo de evitarlos, se abandonaba á la tristeza más alligente y á la pena más sin consuelo. Trata de buscarlo en sus queridos discípulos, los llama, pero los encuentra dormidos, y este nuevo y triste desengaño de verse solo, aumenta su tristeza y lleva hasta la agonía su desconsuelo: *triste está mi alma hasta la muerte!* exclama. Sí, triste, porque voy á padecer más que todos los que me han precedido y figurado, y con vuestro sueño me indicáis ya la indiferencia con que vosotros y el mundo ha de mirar mi pasión. Ese sueño me es ya un funesto presagio del desprecio que el mundo ha de hacer de mis tormentos, y acaso los mismos, á quienes tenga dadas pruebas más evidentes de mi amor, han de ser los primeros en hacerse indignos de la gloria que á tanta costa les voy á ganar.

Sin ser posible por entonces que Jesús apartase de su imaginación el obscuro cuadro de estas ideas, y la espantosa perspectiva de la ingratitud de su pueblo, y más la de los cristianos que se habían de perder, estaba abatido y casi exánime. Su misma sacrosanta humanidad, abrumada y violenta con el peso y fatiga de meditación tan triste y cruel, empezó á presentar síntomas de muerte y completa disolución en un sudor de sangre, que corría por todo el cuerpo de Jesús y caía hasta bañar la tierra. Jesús sumido en la tristeza, ora se levantaba, ora iba hacia sus discípulos, ya volvía atrás, andaba, giraba hacia todos lados, pero siempre dentro del círculo de su dolor. Pedia socorro á su eterno Padre, el cual aunque inexorable, le envió un ángel para que le confortase, pues si no, hubiera allí muerto Jesús, oprimido en su alma de la tristeza más profunda con que el amor por los hombres le atormentó milagrosamente, y milagrosamente le sostuvo también, para obrar en su honor un segundo milagro, atormentándole con las afrentas y humillaciones más degradantes.

Ni el terror infundido en los ministros que fueron á prenderle, á quienes con sola su respuesta hizo caer en tierra el Salvador; ni el milagro obrado á vista de todos, cuando restituyó al criado del pontífice la oreja, que Pedro en un momento de celo le había cortado; ni la mansedumbre y dulzura de Jesús, capaz de enamorar á los más fieros caribes, fueron bastantes estímulos para que abandonasen su injusta empresa, ni dejasen de atar á aquel manso cordero, y llevarlo como á un facineroso, en triunfo de la codicia y del odio á la verdad. Un discípulo traidor, ladrón é infame, apegado al dinero, fué el primer instrumento de la muerte de Jesús. Unos escribas y fariseos hipócritas y viciosos se valieron de él para deshacerse del Dios de la verdad, cuyas reprensiones les eran molestas y un obstáculo para

seguir en sus perversas y viciosas prácticas. ¡Cuántos Judas que se prestan por codicia á vender á Cristo, hay en el día! ¡Cuántos escribas y fariseos, hipócritas predicadores de la mentira, que se valen de aquellos para oprimir la verdad!

Entró Jesús preso en Jerusalén, en aquella ciudad donde debía ser vilipendiado y escarnecido aquel que pocos días antes había sido allí mismo recibido en triunfo. Esta es la alternativa de las glorias del mundo. Aprended, miseros relumbrones, fiad poco de los mismos que más os adulen. Reunidos estaban en la casa del pontífice todos los jurados enemigos de Jesús, y al verle, como para salvar las ritualidades irrisorias de verificar la identidad de la persona y aprender el cuerpo del delito, después de examinar falsos y discordantes testigos que le acusaban de sedicioso, seductor, sacrilego y blasfemo, el pontífice le preguntó sobre su doctrina. Jesús respondió lo que convenía á la verdad; mas á una confesión tan sincera y verdadera, un perditionado criado, un ingrato soez, sin guardar decoro ni al tribunal, ni al acto, ni menos á la santidad é inocencia misma del Dios de las virtudes, levantó su furibunda mano, y dió una terrible bofetada en el rostro del Hijo de Dios. Aquel rostro divino, en quien desean con ansia mirarse los ángeles; aquel á quien alaban y saludan de gozo y júbilo los hijos de Dios; aquel rostro á quien adoran con santo temor los bienaventurados; aquel el más hermoso entre todos los hijos de los hombres; ahora desfigurado, ofendido, ajado é ignominiosamente maltratado por un ser despreciable. ¡Ah! mira, monstruo, recuerda que hace un momento que te ha hecho el beneficio de curarte la oreja; ten presente, ¡parate, reflexiona... pero no, la ingratitud es el patrimonio de las almas bajas; desde hoy hasta la eternidad serás tenido por el más vil de los vivientes. Te atreves á cometer ese ultraje humillante, cuando á no mediar este buen Jesús, habría Pedro acabadote contigo y con todos.

Pedro, aquel discípulo privilegiado, distinguido sobre todos, y que en la cena ofreció no abandonar á su maestro, aunque hubiese de padecer la muerte; ahora le niega y jura que jamás le ha visto ni conocido. ¡Qué afrenta para Jesús! ¡hasta su primer discípulo se avergüenza de serlo! ¡Pedro, Pedro! ¿en esto han venido á parar aquellas tus promesas y valerosos ofrecimientos? ¿Dónde está aquel santo, impertérrito y decidido celo, con que poco antes tiraste de la espada para acabar con los enemigos de Jesús? ¿Tan pronto te amilanas y abates? ¿Una criada y dos miserables lacayos son bastantes para hacererte negar á Cristo? Pero, ¡ah! hermanos míos: humillémonos delante de Dios, considerando nuestras propias miserias; desconfiemos

de nuestra fidelidad y constancia, y en vez de juzgar á Pedro, el que esté en pie, mire no caiga. Templemos nuestro celo contra el discípulo, no sea que entre tanto nos olvidemos de su Maestro.

El Salvador ya salió de la presencia del concilio sentenciado como reo de muerte. Al oír de su boca el pontífice la sincera confesión de que era Hijo de Dios, respetándose poco á sí mismo y á la solemnidad del acto, respetando menos á Dios, rasgó despedido sus vestiduras y dijo: *éste blasfema, ya lo habéis oído; es reo digno de muerte.* ¡Así se disolvió la impía reunión, y Jesús quedó entregado en manos de la soldadesca, metido en prisión el resto de la noche; ¡y qué noche para Jesús! En el día terrible del juicio se nos hará ver lo que padeció en ella este Señor, para ponerla en cotejo con tantas otras en que nosotros acaso hacemos renovar las injurias y ultrajes del Redentor, ó las subimos de punto con nuestros desórdenes. En ella se le tomó por objeto de burla y pasatiempo, deshonrando nada menos que hasta la misma Divinidad. Los unos le vendaban los ojos, y dándole recios golpes, bofetadas y empujones, le decían: supuesto que eres Dios, profetiza y di quién es el que te ha dado; los otros en mofa le hincaban la rodilla, para simular fingida adoración, y le saludaban con improperios y desvergüenzas. Fué tanto lo que Jesús padeció y sufrió de insultos y baldones, que hablando humanamente, no podría sobrevivir á penas tan grandes.

Aún no bien amanecía, cuando reunidos de nuevo sus jurados acusadores y enemigos, le arrastraron al pretorio ó tribunal de Pilatos, para que confirmase la sentencia de muerte, que ellos ya habían pronunciado, y dispusiese la ejecución. Lo hicieron, como siempre lo hacen, los que maquinan pretensiones injustas. Conmovieron al populacho brutal, feroz y estúpido y fácil á dejarse conducir sin reflexión hacia lo que les inspiran los magnates, y de esta manera á ser sobornado y corrompido. Como afectaban hipócritas la observancia de la ley, se guardaban de entrar en el pretorio, por no mancharse en una causa criminal, haciendo de acusadores; pero andaban mezclados y confundidos en los grupos, insinuando Pilatos oportunamente á las turbas lo que más les convenía que pidieran al principio; con sangre fría é imparcial oyó los clamores del pueblo contra la vida de Jesús: oyó que le acusaban de sedicioso y blasfemo: le preguntó, y Jesús calló á todo, menos cuando fué necesario dar público testimonio de la verdad de ser Hijo de Dios. Alerta, cristianos, á este ejemplo: siempre debemos sufrir y callar; pero no cuando es preciso confesar á Jesucristo.

No halló Pilatos méritos bastantes para condenar á Jesús; antes

sí, le declaró inocente. Mas para sosegar al pueblo, les propuso si querían que le indultase en obsequio de su fiesta; ¿y cómo había de suceder esto? El pueblo infame, ganado y seducido, pidió su muerte, y el indulto para un asesino, llamado Barrabás. ¡Dolorosa y humillante ignominia para Jesús! El más inocente y santo de los hombres, el Hombre-Dios puesto en paralelo, echado en suerte con un bribón, con un malvado, y postpuesto á él! El corazón late con movimientos convulsivos, y no puede sufrir una obección y tamaña injusticia. Pero humilde y paciente, Jesús mío, no será ésta la vez sola que el mundo haga público alarde de posponerte, y preferir antes que á ti al demonio, á las pasiones y á la locura. Y si no, pongamos cada cual la mano en nuestro pecho, registremos nuestra conciencia.

Entre las voces que oyó Pilatos, fué la de que Jesús era galileo, y hallándose por fortuna en Jerusalén Herodes, que era juez de Galilea, con quien estaba enemistado, se lo remitió, para que le juzgase, y así reconciliarse mutuamente. No podía ser de otro modo, pues el Dios de la paz, aun en ocasión tan triste, á su costa la había de proporcionar hasta entre sus enemigos. Fué pues Jesús conducido á la presencia de Herodes: se alegró éste mucho, porque deseaba verle: le preguntó acerca su doctrina y sus discípulos; pero un hombre tan perverso era indigno de oír la palabra de la boca de Dios; y así Jesús no le respondió. Incomodado Herodes, hizo vestir á Jesús con una túnica blanca, que era el traje de los locos, y le devolvió á Pilatos.

Yo quiero, hermanos míos, que reflexionéis un momento sobre este incidente, que aunque parece de menos importancia, no lo era ni por lo que se refiere á Jesús, ni por razón de las circunstancias. El Dios de las virtudes, de la prudencia y sabiduría infinita, el juez del universo, ¿tratado de insipiente y loco? y llevado así por entre un pueblo conmovido para que le insultasen, ¿no era acreditar Herodes su propia influencia, imbecilidad y locura?

Mas, pasemos adelante, que aún es poco; nada hemos visto todavía de las humillantes deshonras que sufrió Jesús, aunque van dichas tantas. Devuelto á Pilatos, otra vez le presentó al pueblo y les dijo: me habéis traído este hombre como sedicioso, y yo después de examinado, no encuentro en él causa alguna para condenarle; y ni Herodes, á quien le he remitido, la encuentra tampoco; así yo le corregiré y le dejaré libre. ¿Qué contradicción tan loca, injusta y monstruosa! ¿Sabes, Pilatos, lo que te dices? ¿No encuentras en Jesús causa, y piensas corregirle? ¿De qué le has de corregir, si tú mismo dices que es inocente? ¿Enmendado, le dejaré libre, dice? ¿Y de qué se ha de enmendar? Ya no debera, según eso, curar los paralíticos, sanar los

leprosos, ni saciar otra vez la multitud hambrienta. ¿De qué se ha de enmendar? ¿Será de dar vista á los ciegos, agilidad á los tullidos y vida á los muertos? ¡Oh juez inicuo y perverso, por débil y miserable! Es la suma de la perversidad é injusticia conocer y confesar públicamente la inocencia, y castigarla; los judíos tuvieron sobre sus ojos un obscuro velo, una losa para no conocer á Jesús, y así le condenaban por criminal; Pilatos le conoció por inocente, y le quiso enmendar y corregir. ¡Monstruo horrendo! ¿qué enmienda ó corrección es la que piensa hacer este malvado? Ya la veréis.

El que condenaba al inocente violando todas las leyes é insultando á la razón, no era de esperar fuese más comedido en la especie de corrección que el demonio le había sugerido. Así es que entrega Pilatos á Jesús á disposición de los satélites de su inicuo tribunal, y sin hacer mérito que lo prohibía la ley, le manda azotar. Viéndose ellos en las suyas, le desnudan y atan á una columna, como si fuera una fiera indómita, y sucediéndose unos á otros hasta rendirse todos, le descargaron tantos y tan crueles azotes, que en ellos hubiera muerto mil veces, si no fuera Dios. Ya tenéis al Dios omnipotente reducido á la misera suerte de un vil esclavo, y en poder de la potestad de las tinieblas en aquella hora, que les había sido conocida. Aquel Dios y Señor del universo, cuya voz terrible troncha los encumbrados cedros, que convierte en humo á los montes con sólo tocarlos, y que con tres dedos sostiene la pesada mole del mundo; aquel Dios y Señor de la majestad, ante cuya presencia los serafines se llenan de temor y espanto, y le adoran rendidas todas las Potestades del cielo, aquel Dios y Señor, ¡ah!... Pero, ministros crueles é infernales, decid, ¿cuántos azotes habéis dado á ese humilde y manso cordero? Pero no lo diréis, porque el demonio os tiene ciegos, y nuestro diabólico furor ni sabe ni piensa más que en desahogarse y por eso no se cansa. Al menos vosotros, ángeles del cielo, decid cuántos azotes contasteis; mas los ángeles atónitos y confusos cubrieron sus rostros con sus alas de oro, y no pudieron hacerlo de vergüenza. En el libro de la eternidad están apuntados, y se nos dirán algún día para confusión nuestra y en justa reconvencción del nimio cuidado con que miramos por nuestros cuerpos.

Cuando al monstruo Pilatos le pareció bien, mandó suspender la corrección, mucho más grave que mil suplicios, y vistiendo á Jesús con unos andrajos de púrpura, poniendo en su divina cabeza aquellos infames una corona de punzantes espinas y una caña por cetro, le presentó al pueblo. Creía y esperaba que se apiadaria ya al verle en estado tan lastimoso, y para más llamar la atención, les dijo: *Ved*

*aquí al hombre: Ecce homo.* Miradle bien: examinad cómo le he corregido; ved cuál yo me he anticipado y aun excedido á vuestros deseos de quitarle la vida, porque así es imposible que no muera: miradle como os le pinta el profeta, herido, humillado como un leproso, sin figura de hombre, sin belleza ni hermosura. Miradle bien; ya no os podrá infundir temores ni sospechas; así, decidme, ¿qué es lo que hago? Crucificalo, crucificalo, responden.—¿Pero qué mal ha hecho? les repone Pilatos otra vez, confesando la inocencia de Jesús, y otra vez contradiciéndose.—Crucificalo, crucificalo, repiten.—¡Ah, sinagoga impia! ¡ah pueblo judío, infiel, ingrato y desagradecido! ¡Ah, cristianos! el corazón desfallece, la imaginación se seca y la lengua enmudece al considerar un ultraje, un encono y una ingratitud tan cruel y escandalosa. Yo soy hombre cargado de defectos á millares, pero cuando veo á un ingrato, u oigo referir una ingratitud, no soy dueño de mi mismo; me abate el sentimiento y me duele más que mil muertes. ¿Cuál sería la pena de Jesús, al oír clamar contra su vida á aquel mismo pueblo, cuyos enfermos había curado, cuyos desvalidos había socorrido y cuyas necesidades todas había remediado? Y en situación tan amarga, cuando estaba ya hecho un varón de dolores, llagado de pies á cabeza y sin poder vivir, ¿cuánta sería su humillación al ver que ni aun la compasión racional cabía en pechos de tigres? Crucificalo, crucificalo, caiga su sangre sobre nuestra cabeza y sobre la de nuestros hijos. Pues si, infame, cruel, brutal pueblo, así será; tú lo quieres, tú impones la sentencia á tu revolucionaria barbarie; tú deshonras, humillas, abates y desprecias á Jesús; caerá gota á gota sobre ti y sobre todas tus generaciones su sangre salvadora del mundo y vengadora de ti.

Harto de oprobios y de humillaciones Jesús, envilecido y ultrajado en su honor, sobreviviendo por un milagro patente del amor poderoso que tiene á los hombres, es condenado á muerte de cruz, para que el amor ejecute su martirio en lo único que ya le queda, acabándosela á la violencia de los más acerbos dolores.

Alentaos, cristianos, contra vuestros temores, y ved salir á Jesús por entre la chusma furiosa de aquel pueblo fanático y sanguinario, cargado, como otro Isaac, con la leña para el sacrificio, en el cual él mismo es la víctima. Un juez el más inicuo é injusto que vieron los siglos, por no disgustar á un pueblo loco, atizado por gente perversa, condenó á aquel que él mismo había declarado no ser culpable; lavó sus manos engañándose á sí mismo, al publicar que era inocente de la sangre de aquel justo é hizo cargar sobre los hombros de Jesús, entregado á la voluntad de los judíos, la cruz en que iba á ser clava-

do, y salir camino del patíbulo entre dos ladrones. Llegad hasta aquella calle verdaderamente de Amargura, y veréis al Unigénito del Padre, al engendrado en el esplendor de los santos, antes que el lucero de la mañana, al más hermoso entre todos los hijos de los hombres, agobiado con el enorme peso de la cruz, y más aún con el de los pecados de todo el mundo que en ella iba á expiar; veréis su sangre divina correr á ríos de todo su sacratísimo cuerpo y regar con ella el largo camino: aquí desfallece, allí se desmaya, allá cae en tierra, de la que una turba de inhumanos tigres le arrastran y levantan á empujones. Animaos un poco más, y subid al sitio del suplicio, y veréis como es desnudado de sus vestidos aquel que puebla de estrellas el cielo, cubre los campos de flores y frutos, y engalana á las aves y hasta á las criaturas más insensibles. Veréis más: clavarle de pies y manos en el madero, levantarle en alto y dejarle pendiente entre el cielo y la tierra por espacio de tres horas, hasta dar el último aliento en medio del mayor desamparo, en los brazos de la muerte más cruel é infame. Yo, hermanos míos, cuando oigo ponderar la cultura y sabiduría de la legislación romana, y hallo en ella este género de suplicio, digo, que la barbarie de los que no conocían á Dios, se tiene por ilustración entre los que aun hoy día le aborrecen. Pues qué, ¿no hay más que dejar vivo á un hombre en situación tan desesperada? Meditadlo bien y comprenderéis algo de lo que sufrió Jesús. Sí, allí sufrió crueles tormentos; su vida fué destilándose con su sangre gota á gota por las fuentes de sus heridas, hasta que con la última expiró. Oyó blasfemias execrables, insultos atroces, imprecaciones y denuestos los más groseros, con tanta longanimidad y paciencia, que en lugar de venganzas, pedía á su eterno Padre perdón é indulgencia á favor de los que tan inhumanamente le trataban.

Pecadores, ya está consumada vuestra obra: ahí tenéis la cruz de Jesús moribundo, que es la cátedra del verdadero maestro que os enseña. Miradle clavado de pies y manos, y en ellos todos los vicios y concupiscencias; mirad su cabeza, que es la del Dios de la gloria, de la grandeza y majestad, taladrada con punzantes espinas, y en ella castigado el orgullo, la ambición y soberbia mundana; mirad su boca y lengua creadora y omnipotente, que con una sola palabra sacó el universo de la nada, ahora seca, árida y sedienta por la salvación de todos los hombres, y en ellas castigadas nuestras blasfemias, liviandades y escándalos. Mirad su corazón purísimo, tálamo de la divinidad, centro y acogida de todos los necesitados, traspasado con una cruel lanza, y en él martirizados todos los proyectos impíos de iniquidad é injusticia; mirad sus entrañas piadosas en favor del mun-

do, acibaradas con hiel y vinagre, y en ellas castigados los planes horrendos de crueldad y de venganza. Mirad su humanidad sacrosanta despedazada, y en ella castigados los deleites y regalos que los mundanos permiten á sus cuerpos; mirad su alma feliz y bienaventurada, triste, afligida y desamparada hasta de su eterno Padre, enseñándonos á padecer las tristezas y miserias de la vida; mirad su honor, su gloria y santo nombre humillado, ultrajado y hecho el escarnio y la parábola de un populacho feroz é ingrato. Miradle en su vida natural hecho un varón de dolores, herido de pies á cabeza, sufriendo los más imponderables tormentos y muriendo en los brazos de la muerte más ignominiosa, cruel é infame. Oid de su agonizante lengua una lección la más importante. *Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen.* Esta es, cristianos, la suma y compendio de la ley de Jesucristo, la caridad: si no la tenemos, no somos cristianos. Este divino ejemplo con los demás que dió Jesús en la cruz, surtió allí mismo en los que estaban presentes el prodigioso efecto de ser ya reconocido por verdadero Hijo de Dios. Así lo confesó el centurión, y así se retiraban hiriendo sus pechos de penitencia, arrepentimiento y dolor muchos que habian presenciado aquel grande espectáculo: *Verdaderamente era este Hijo de Dios.*

¿Y nosotros lo confesamos así? ¡Ay, hermanos míos! ya lo veremos; llegado es el tiempo de la prueba. Hasta ahora quizá no haya entre nosotros uno que con sus malas obras, vicios y desórdenes no haya negado mil veces á Jesucristo; veremos quién le confiesa ó niega con la lengua. Veremos quién oye y sigue su voz en la del Evangelio. El que sigue otra, niega su fe; no aprende las luminosas lecciones de la cruz, y ni ama á Jesucristo, ni es cristiano. Pues yo os conjuro con el Apóstol: el que no ama á nuestro Señor Jesucristo, sea anatema, sea separado del pueblo cristiano, sea borrado del libro de la vida.

No permitáis, Señor y buen Jesús mío, que tal suceda á ninguno de mis hermanos; en la ocasión presente ni jamás. Fortaleced vuestra fe con vuestra santa pasión, animad vuestra esperanza en vuestra cruz, inflamad nuestra caridad con vuestro divino ejemplo. Queden para siempre borrados nuestros crímenes, y rociados con vuestra sangre; fijense altamente en nuestras almas las virtudes que nos habéis enseñado; seamos valerosos cristianos para imitarlas y seguir siempre impávidos los pasos de vuestra pasión adorable, peleando contra el error y el vicio, hasta merecer el premio en la Jerusalén de la gloria. *Amén.*